

Colección de la Teología Cuántica En la colección Tiempo Axial

Un error sobre las cosas de este mundo, provoca un error sobre Dios. Así lo dice santo Tomás de Aquino, varias veces a lo largo de su obra, como tratándose de un principio epistemológico al que vio obligado a recurrir con frecuencia. Si nos equivocamos en la comprensión de la naturaleza del mundo que nos rodea, nos vamos a equivocar en lo que pensemos de Dios o sobre Dios.

Ya mucho antes Platón había dicho que el mundo es «una carta que los dioses han dirigido a la humanidad»... Leyendo el mundo, leemos el mensaje de los dioses...; si confundimos las letras de esa carta, si malentendemos las expresiones de la naturaleza, captaremos mal el mensaje, los mismos dioses resultarán malinterpretados.

También san Agustín dijo algo semejante: que Dios escribió dos libros –no sólo uno– y que el primero de ellos no fue la Biblia, sino el libro de la Realidad, del mundo, el cosmos... Sólo luego escribió la Biblia...precisamente para ayudarnos a habérmolas con el primer libro, con la Realidad del mundo, su más genuino y completo mensaje.

San Juan de la Cruz tiene también algo que ver con esto cuando dice aquello de que «*Mil gracias derramando, pasó por estos sotos con presura, y yéndolos mirando, con sola su figura, vestidos los dejó de hermosura*». La belleza de las criaturas refleja la belleza de Dios, procede de él y por eso nos habla de él, nos habla de él... Si la captamos mal, o simplemente no la captamos, no estaremos percibiendo correctamente ese paso de Dios por las criaturas.

Todo ello viene a cuento de querer decir que conocer el mundo, captarlo correctamente, sin errores, e interpretarlo adecuadamente, no es un asunto... de ciencias naturales, o simplemente «mundano»; en ese conocimiento nos jugamos también en parte el conocimiento de Dios. Porque nuestra imagen de Dios la formamos (también) a partir de lo que interpretamos que es su obra.

El origen de nuestro conocimiento y su evolución

Pues bien, estamos en una etapa de la historia humana caracterizada por el avance exponencial de los conocimientos. La humanidad lleva cuatro siglos está descubriendo muchas cosas nuevas sobre el mundo, que como contrapartida, desbancan conocimientos clásicos que se han venido a evidenciar como erróneos. Hemos estado equivocados, muy equivocados, y no sólo sobre detalles, sino sobre los fundamentos mismos de la interpretación del cosmos.

Durante decenas de miles de años, los *homo sapiens* hemos vivido en este planeta alimentados sólo por las informaciones primarias de nuestros sentidos y de nuestras intuiciones. Sin herramientas para el conocimiento, ha sido sin ellas como, muy laboriosamente, el ser humano ha ido construyendo su imagen del mundo y también, sobre esa misma base tan deficiente, hemos ido construyendo nuestra imagen de Dios.

La imaginación, la fantasía, la intuición -las más poderosas fuerzas a nuestra disposición- han puesto de su parte todo lo posible para suplir nuestra ignorancia respecto al cosmos, para compensar nuestra falta de un conocimiento más profundo, cuando no éramos todavía capaces de desarrollar la ciencia. Los mitos, las creencias, las elaboraciones religiosas, con todas sus limitaciones e ignorancias -también con sus intuiciones geniales, inexplicables-, nos sirvieron para hacernos una idea de nosotros mismos, del mundo, y de la divinidad.

A partir del Renacimiento, con el método experimental, comenzó la que llamamos «revolución científica» y con ella la era de los descubrimientos científicos. Estos cuatro siglos han sido una carrera acelerada de acumulación de conocimientos, de la que ha ido emergiendo una nueva visión del mundo, ahora «científica», demostrable, dejando a un lado la fantasía, el mito, la simple intuición... o las «autoridades» de la filosofía o de la religión. El desarrollo decimos que ha sido casi exponencial. La cantidad de conocimientos acumulados comenzó a duplicarse muy lentamente, necesitando milenios primero, luego sólo siglos, más tarde décadas... y hoy día se suele decir que se duplican en menos de 5 años, de manera que cuando un muchacho termina su carrera de estudios de 5

años, buena parte de los conocimientos que ha recibido en ella ya han sido superados, y quizá están obsoletos.

Esa creciente acumulación de conocimientos no es meramente lineal, sino que experimenta de vez en cuando saltos cualitativos que significan un cambio radical en el ordenamiento mismo del conjunto de los datos, no sólo en su acumulación cuantitativa. Son las «revoluciones científicas», de las que ha hablado magistralmente Thomas Kuhn: momentos en los que no sólo crece el conocimiento, sino que, sobre todo, se reconfigura, replantea internamente su estructura, abandona por obsoletos muchos conocimientos que hasta entonces tenía por fundamentales e indubitables.

Kuhn dice que cuando esto ocurre, cuando los científicos captan un «nuevo paradigma» y abandonan el viejo con el que hasta entonces se orientaban, entran en un mundo nuevo. Lo mismo nos pasa a nosotros. Los datos elementales del mundo que estaban a nuestra disposición, siguen ahí, pero, al haber cambiado el marco mismo dentro del cual los interpretamos –el paradigma–, ahora nos significan otra cosa. Con una nueva «visión» en la cabeza, con un nuevo paradigma, viendo el mismo mundo de antes, los científicos «ven ahora cosas que nunca habían visto»; es decir, ven los mismos fenómenos que veían antes, pero ahora se dan cuenta de que son otra cosa diferente de la que antes creíamos que significaban, por eso, les parece «estar en un mundo nuevo»...

La «revolución científica» de la física cuántica

Uno de esos saltos cualitativos radicales en la historia de la ciencia ha sido el que ha supuesto, todavía no hace un siglo, la «física cuántica».

Ha supuesto una conmoción que obliga a replantear total y radicalmente todos nuestros conceptos tradicionales. Viejas categorías, supuestos incuestionables, primeros principios del conocimiento que se tenían por axiomas indemostrables, por evidentes, han quedado descalificados, y obsoletos.

Una nueva forma de mirar lo ha invadido todo. Después de Einstein los conceptos más elementales y básicos, como espacio, tiempo, masa, velocidad, energía... han de ser replanteados: ya no se puede seguir hablando con aquellas

categorías, que ahora ya no tienen sentido, y no responden a los conocimientos actuales.

Diríamos que la física cuántica no ha sido la única que ha planteado la necesidad de una nueva visión: también lo han hecho la biología, la astrofísica, la nueva cosmología y la Nueva Ciencia en general. Diarmuid O'Murchu suele decir que es la Nueva Cosmología lo que más está haciendo cambiar la «visión» de la humanidad... Pero sí ha sido la física cuántica la que plantea esta transformación con una radicalidad mayor, hasta el punto de dejarnos inermes, despojados de toda lógica. Decía Heisenberg que si alguien dice que ha entendido la física cuántica, ésa es la prueba más clara de que no la ha entendido; la física cuántica nos resulta ininteligible porque rompe las reglas de la lógica tradicional incuestionable con la que siempre hemos funcionado y todavía funcionamos. Está en un nivel diferente, donde nuestra lógica habitual ya no vige.

Una nueva visión del cosmos

En su libro, O'Murchu destaca muchos de estos desconcertantes «descubrimientos» que aporta la física cuántica y cambian radicalmente la visión que milenariamente hemos tenido. Así, por ejemplo:

Teología cuántica en la colección Tiempo Axial

- A pesar de su aparente consistencia y su carácter macizo, la realidad, los objetos que nos rodean, y nosotros mismos, somos fundamentalmente vacío...; entre las partículas subatómicas, la proporción de vacío que «llena» sus distancias es inmensa; si fuéramos «compactados» eliminando esa distancia, la masa maciza de una persona ocuparía apenas décimas de milímetros cúbicos.

- la materia la hemos entendido tradicionalmente como esa parte menos noble de la realidad, como la ganga del cosmos, algo sin vida, puramente pasivo, estéril... La filosofía, la teología y la espiritualidad están invadidas por esa visión de la materia. La física cuántica nos dice que ese concepto está totalmente errado. «Esa materia no existe», dice O'Murchu.

La materia real no es eso. Nada hay en el universo que responda a ese concepto. Mientras continuemos pensando y hablando de la materia de este mundo en ese sentido, sin

corregir drásticamente el concepto que está detrás de ese vocablo, estaremos auto-engañándonos, viéndonos en un mundo que no es el real. Lo que creyeron ver las religiones y las filosofías -incluido Platón- ha sido un espejismo, o lo continúa siendo. - la materia es energía, que brota de una «sopa cuántica» que subyace -o que desde dentro hace consistir- a las cosas, a toda la realidad, en todos sus niveles... La materia es sólo uno de los estados de la energía en la que todo consiste. Por eso la materia es fuerza, tiende - bajo determinadas condiciones-, a la auto-organización informada, a la autopoiesis, es germinadora de la vida... y de la mente y del espíritu... Éstos, la vida, la mente, el espíritu, no son «inmateriales», ni «sobrenaturales», ni de otro mundo...- no estamos en un «cosmos», como siempre pensamos, sino en un caos, lo cual no es algo negativo, como también pensábamos, sino enteramente positivo: la energía, la vitalidad, la vida... es caótica. El caos es su forma propia de ser, de evolucionar, de crear órdenes nuevos...- tampoco estamos en el cosmos, sino en una cosmogénesis, esencial y universalmente evolutivo. Esa imagen fixista que hemos tenido del mundo, como estático, como creado por Dios directamente como está, tal como lo vemos, fijo en sus especies... ha sido un error garrafal; nos ha confundido lamentablemente. Nada de lo que vemos fue puesto ahí por Dios como nosotros lo vemos. Dios no hizo el mundo como lo vemos-, sino que es el resultado de una evolución en la que confluyen un sinnúmero de factores incontrolables, interdependientes...- el mundo no tiene 6000 años, como hemos estado pensando hasta prácticamente el siglo XX - basados precisamente en la «Palabra de Dios» de la Biblia, sino poco más de trece mil setecientos millones de años...

Repercusiones religiosas del nuevo relato cósmico

Estamos pues ante un mundo radicalmente diferente de aquel en el que vivieron nuestros ancestros, hasta nuestros padres, y en el que viven todavía muchos de nuestros contemporáneos desapercibidos. La ciencia nos está dando una «visión» totalmente nueva. Con ella, también a nosotros nos parece «estar en un mundo nuevo». Viendo la misma realidad, estamos viendo cosas muy diferentes a las que

vieron nuestros antepasados o veíamos nosotros hace sólo unos años, muy diferentes también de las que siguen viendo muchas personas con la antigua visión...

Las letras y palabras de esa «carta de los dioses» que Platón dijo que era el mundo, o las páginas de ese «primer libro que Dios escribió» al decir de Agustín, aun siendo las mismas que leían nuestros abuelos, hoy nos pasan a nosotros otro «mensaje de los dioses», una Palabra de Dios diferente de la que leyeron nuestros antepasados...

Como dijimos más arriba, Santo Tomás diría sin duda que los errores, los puntos ciegos, todo lo que habíamos leído mal en aquella «carta de los dioses» o en ese «primer libro de Dios», tuvo que repercutir en un error acerca de Dios... Al ayudarnos a ver el mundo de otra forma, nos ayuda también a renovar nuestra imagen de Dios, de su proyecto, y de su relación con el mundo. Por ejemplo: - este cosmos no parece estar hecho para nosotros. Durante toda nuestra historia hemos pensado que el mundo fue creado por Dios precisamente para ponernos a nosotros en él, y que todo, pues, giraba en torno a nosotros, que éramos el sentido del mundo. Hoy la ciencia nos revela que no es así, que este mundo no parece haber sido hecho para nosotros, que tiene su propio dinamismo y sigue su propio camino al margen nuestro; que el cosmos no gira en torno a nosotros: ni estamos en el centro, ni somos su centro, ni el mundo necesita de nosotros... Aquí cae al suelo el «antropocentrismo», el ser humano como medida de todas las cosas, el carácter absoluto de la persona humana... Fue Lynn White quien dijo que el cristianismo es «la religión más antropocéntrica de todas»...- las dimensiones, la complejidad, la dinámica interna de este cosmos tampoco parecen deberse a la finalidad religiosa que le habíamos atribuido, la de servir de escenario a una «Historia humano-divina de Salvación»... La visión de la Nueva Cosmología no se compadece bien con la interpretación religiosa de la finalidad del cosmos... A partir de la Nueva Cosmología, el mensaje central del relato religioso -elaborado en tiempo de otra cosmología - parece desubicado, o francamente incorrecto.- no somos los «hijos de Dios creados a imagen y semejanza de Dios» y a semejanza de todo lo demás... No somos la especie dueña del planeta y

del cosmos (concepción que hoy se llama «especismo»). El nuevo

relato del cosmos nos dice que somos una especie emergente, una más, aunque la última -por ahora-, con un grado de desarrollo no alcanzado por ninguna otra especie, pero colocada claramente en la misma línea biológica evolutiva que han recorrido toda las especies de este planeta. No somos de otra naturaleza que la natural, estamos tejidos con los mismos aminoácidos comunes a todos los seres vivos, somos un producto de la evolución, el resultado de su recorrido. Venimos de dentro, no de fuera de la Tierra. Venimos de abajo, no de arriba. La supuesta «sobrenaturalidad» del ser humano ha de ser reconsiderada y revisada, porque su concepción habitual no se compadece con la ciencia actual. - si bien actualmente no conocemos otros lugares donde la vida se haya desarrollado, la ciencia hoy está prácticamente segura de que no somos únicos en el cosmos. Desde hace apenas veinte años estamos descubriendo multitud de exoplanetas, planetas de otras estrellas, de otras galaxias, muy semejantes al nuestro, incontables a lo ancho del cosmos, entre los que estamos seguros de que «tiene que» haber vida, vida animal, ¿y vida inteligente, y vida espiritual? Dejamos de creer en la unicidad de la vida humana en este Cosmos, ubicada en esta Tierra, unicidad que era, y sigue siendo, un presupuesto dado por cierto en casi todos los relatos religiosos. Hoy la ciencia nos muestra cómo presupuestos verdaderamente importantes de la religión son, sencillamente erróneos, y nuestra honestidad y coherencia nos exige no seguir manejando esos supuestos como si fueran ciertos...

Todo parece indicar que este mundo no está esperando la decisión divina de acabar: el «fin del mundo» decretado por Dios, con el consiguiente «juicio final»), para que pasemos a una vida eterna nueva y diferente, en «unos cielos nuevos y una tierra nueva», mientras este viejo cosmos será olvidado (Ap 21,1-5). El nuevo relato cosmológico parece desmentir también en este punto al relato religioso como un «error sobre el mundo»...

Todo parece indicar que el cosmos no está esperando que un agente divino externo que decida el cuándo y el cómo del «final del mundo» ni un «juicio final». Parece más bien que nuestra estrella, el Sol que nos alimenta, está a mitad del curso de su vida; le quedan unos 5.000 millones de años, y para entonces tal vez nuestra especie ya haya desaparecido del planeta -como actualmente han desaparecido ya más del 50% de las que sobre él han vivido. Por lo demás nuestra galaxia va camino de colisión con la galaxia Andrómeda, y es un detalle (un dato que ignorábamos) nada fácil de integrar dentro de nuestros relatos religiosos.

- La nueva cosmología, la nueva ciencia nos redescubre a nosotros mismos como pertenecientes al cosmos... Somos cosmos, estamos hechos de «polvo de estrellas» -tanto o más poético que el «soplo divino» insuflado al muñeco de barro que se convirtió en Adán-. El cosmos es nuestra Patria, nuestro hogar, de donde vienen nuestras raíces, y a donde volvemos inexorablemente. Somos Tierra, pero tierra que ha llegado a reflexionar, a pensar, a sentir, a amar, a venerar... Es la nueva Patria donde ubicar y arraigar nuestra identidad.

Tenemos derecho... y obligación

Todo esto necesita muchos matices, evidentemente, pero tiene sus aspectos ciertos, y por más desconcertantes que parezcan, hay que afrontarlos. La prudencia y la pedagogía en su transmisión no pueden llevarnos a ocultarlos... Tenemos derecho a -y obligación de- reconciliar el discurso de nuestra religión (su patrimonio simbólico, sus «relatos», así como nuestra teología y también la espiritualidad) con el relato del cosmos que la ciencia nos ofrece, para no vernos obligados a una esquizofrenia entre nuestra religiosidad y nuestra condición de personas de hoy, en este mundo tan marcado por la ciencia. ¿Podríamos seguir manteniendo categorías y visiones religiosas hoy consideradas como error o como fantasía por la ciencia? ¿Podemos seguir manteniendo relatos, mitos -en el sentido positivo del concepto-, símbolos... que aunque sean simplemente metafóricos, se expresan mediante unos supuestos que la cultura media de los oyentes consideras inmediatamente como científicamente falsos? ¿Por qué seguir expresándonos mediante mitos y símbolos de una

época precientífica, que nos obligan a sentir un malestar innecesario, a veces insufrible?

Bienvenida la teología cuántica de O'Murchu

En definitiva, y concluyendo: el conocimiento humano siempre está creciendo y desarrollándose, y tiene momentos «revolucionarios» (Kuhn), de ruptura epistemológica, de reconfiguración de toda su estructura, de superación de viejas visiones. Las anteriores visiones han de ser abandonadas, porque, a partir de un cierto momento, no sólo se evidencian erróneas, sino que resultan dañinas.

Estamos en uno de esos momentos históricos. La revolución científica que comenzó en el siglo XVI ha estallado en una explosión de conocimiento que comporta y exige la ruptura de los viejos paradigmas, y la creación de un relato enteramente nuevo. La física cuántica es el símbolo emblemático de la mayor ruptura de que hayamos sido testigos en esta ampliación del conocimiento.

No se puede creer igual antes que después de Einstein. No sólo los conceptos de espacio y de tiempo necesitan ser reformulados, sino que el relato religioso queda desplazado de su plausibilidad histórica, y no es que necesite un arreglo de acomodación, sino que necesita ser abandonado y sustituido por otro. Si como nos dice el nuevo relato científico, Dios no es un agente externo al cosmos, si el cosmos no está hecho para nosotros, si no somos su centro (antropocentrismo), ni somos la «especie elegida y dueña» de todo (especismo), si este cosmos no parece estar hecho para escenario de un drama humano de una «historia (humana) de salvación», si no parece ser una «prueba» para la humanidad en orden a ser trasladada a un «cielo nuevo y una tierra nueva»... entonces es necesario reinventar nuestro relato religioso, ya que el anterior que habíamos creado ha sobrepasado con creces su vigencia, ha caducado. La física cuántica y la nueva cosmología están proclamando a gritos la necesidad de ese nuevo relato religioso, de una nueva teología y por tanto de una nueva espiritualidad.

O tal vez habremos de entrar en otro tipo de espiritualidad, sin relatos, incluso sin verdades, por supuesto que sin dogmas, quizá también sin «fe»... otro tipo de espiritualidad.

Encontrarnos con la física cuántica puede implicar un auténtico «revolcón» para nuestra teología clásica, para nuestra religiosidad, y también para la espiritualidad. Este libro viene a demostrarlo. Quienes se abran sinceramente a este nuevo paradigma, necesitarán evolucionar, crecer, crear nuevos lenguajes, dejando a un lado viejos símbolos, supuestos, creencias y hasta categorías tradicionales, que ahora nos atrasan y confunden, porque perpetúan un viejo relato que no sólo ya no nos ayuda, sino que nos hace daño, porque nos hace persistir en unos viejos «errores sobre el mundo» de los que hoy estamos liberándonos, y que ahora vemos que implicaban verdaderos «errores sobre Dios».

Damos una cordial bienvenida a Diarmuid O'Murchu a la colección «Tiempo axial»: Su libro será un aliciente más para preparar, acoger y secundar este nuevo tiempo axial por el que estamos transitando.